

EMILIO FRUGONI

En Seis Momentos de su Vida de Lucha

— — — — — Por Jorge Enrique Villafaña — — — — —

SEGUNDO MOMENTO:

Un Libro y un Prólogo

II

EN alguna circunstancia le oímos decir a Roberto F. Giusti que los argentinos le debían a Rosas las profesiones de periodista y escritor. Por combatirlo acudieron al artículo y al libro con continuidad profesional. Después, las prosiguieron por defender ideas políticas, lo que no es sino una variante de lo primero. El periodista y el escritor en Frugoni nace por lo mismo. Los incuba y los engendra el credo partidario. Los libros fundamentales que escribió, desde el breve de "Los impuestos desde el punto de vista sociológico" al extenso de "La esfinge roja", extremos de una diagonal de pensamiento de medio siglo, todos tienen por tema el socialismo y la política. Aún su única experiencia en el teatro tentado por el Concurso Lavarden de 1907, en el teatro Moderno bonaerense, y desconocida en general hasta que 3 lustros atrás, él mismo la revela jocosamente, nos ha dicho que encaraba un conflicto de ideas, por lo demás, muy de la época. El poeta, sin duda, difiere en el origen. Nace y corporiza al margen de sus ideas y bregas políticas. Teniendo en cuenta que la poesía en Frugoni no es actividad accidental, caprichosa, sino asidua y sistemática, configura un desdoblamiento de su personalidad, no libre de interés. El poeta genera "de la emoción íntima —son sus palabras—, de la confianza o la confesión espontánea".

Claro que sus ideas a veces tienen presencia en sus versos. "Traducen emociones colectivas —son asimismo sus palabras— y se encienden en los vientos de la vida social". Allí están "Los Himnos". Pero de esto a la argucia dialéctica que lo convierte en poeta del ideario socialista, media un abismo. Para convenirlo basta transcribir la sabrosa apostilla que le dedica Raúl Montero Bustamante al incluirlo en "El Parnaso Oriental", una antología de poetas uruguayos. "La musa de la juventud —escribía— presta actualmente sus canciones al más inspirado de nuestros poetas jóvenes: Emilio Frugoni, un escritor sin ayer, sin historia literaria, y que, sin embargo, ha escrito dos libros y ha llenado con versos, arrojados en dispersión, al azar, sobre diarios y revistas, muchas de las mejores páginas de poesía nacional escrita en el último año. Su último libro, "De lo más hondo", acentúa su simpática personalidad, y le consagra poeta por boca del eminente crítico José Enrique Rodó. Su musa se ha desviado ahora hacia la inspiración socialista, pero, en el fondo, sigue siendo siempre el tierno poeta de los dulces madrigales, de las melancólicas quejas de amor". Estas palabras de Montero Bustamante son de 1905. El año de la edición de la antología. Pero son actuales. Porque Frugoni efectivamente sigue siendo el tierno poeta de los dulces madrigales y las melancólicas quejas de amor, tal vez más acentuadamente por fuerza de una nostalgia inclemente que embellece con su tristeza el ininterrumpido recordar.



Un poeta busca un juicio...

Al promediar 1902 Frugoni tenía listo un libro de poesía. Lo titularía "De lo más hondo". En su biografía de escritor es su verdadero punto de partida, puesto que es la insinuación inicial de su posterior prestigio, que sin tregua ni pausa continúa animando con artículos, libros y conferencias, desairando a los años y a los achaques que los siguen, con la tenacidad de la sombra al cuerpo. Muy temprano Frugoni sintió la necesidad de escribir. Todo nos lleva a pensar porque pronto también sintió los alfilerazos del amor. El tema del amor, de la mujer, tiene preferencia todavía en su conversación. En las revistas estudiantiles "Los Debates" y "El Bombo" —ésta fundada por él y Pedro Prat— de 1896 y 1898, respectivamente, dejó las huellas de esa necesidad satisfaciéndose. En los diarios de entonces, además, publicó algunos poemas, entre los cuales se ha recordado "Tu rayo de sol", en "La Razón" del 18 de noviembre de 1898. En estos escarceos literarios cuenta también por lo que trasunta de travesura, el "Himno" que expresamente compuso para un "partido republicano español" de funcionamiento y sesiones secretas y dirigido a derrocar, desde aquí y violentamente, la monarquía española, que siguiendo la inclinación regicida de éste, le hizo fundar al conserje de la Asociación de Estudiantes, un saludable hijo de La Coruña, de nombre José. Una de las estrofas del "Himno" rezaba: "Adelante, adelante, adelante, / adelante, adelante, nomás, / adelante, adelante, adelante, / que si no nos quedamos atrás".

En 1900 Frugoni dio a la imprenta su primer libro, "Bajo tu ventana", editado por la "Imprenta Artística" de Dornaleche y Reyes. Para su segundo libro, buscó el juicio previo de José Enrique Rodó. En el "Café Lagomarsino" se lo había presentado Guzmán Papini Zas, uno de los poetas y escritores de la brillante pléyade que en 1895 empezó a escribir en la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales". Cultivaba una poesía de un erotismo sensual, apasionada y ardiente. En cierto modo Frugoni lo considera su mentor, aunque sin que llegara a influenciarlo. En el "Club Colorado Libertad", además, Frugoni había tratado a Rodó. Una tarde después de mucho pensarlo Frugoni se llegó hasta la casa de Rodó y tímidamente le tendió sus poesías, al tiempo que le encarecía las leyera y le diera su opinión. A los ojos de Frugoni, una inmensidad de tiempo por medio, este reclamo de la opinión de Rodó, asoma como una osadía de la juventud. Aun así —recuerda Frugoni mientras nos evoca el lance—, que el resultado lo tenía en ascuas. Tenía Rodó una dimensión inaccesible en su enorme y tremenda admiración. Después volvió por el juicio. ¿Qué opinaría Rodó de aquellos versos suyos? Parcamente se los devolvió, pero munidos de unas carillas. Sin requerírselo, los había prologado. "La emoción de su lectura se renueva en mí —nos dice— cada vez que la recuerdo! Después de aquellos escarceos periodísticos y de la aparición del libro de referencia, Frugoni entró a la vorágine periodística, en "Diario Nuevo" de Antonio Bachini, en "La Prensa" de Julio María Sosa, en la "Revista Nueva" que fundó con Agustín C. Musso, y de ahí en adelante, en el periodismo permanecería toda la vida.

Un juicio por lo alto...

Por estos días tuvimos en nuestras manos un ejemplar del libro que Rodó le prologó. Perteneció al Dr. Pérez Petit. Luce una dedicatoria que dice así: "Al Dr. Víctor Pérez Petit, con la amistad y la admiración de Emilio Frugoni. Noviembre 1º de 1902". El libro tiene 128 páginas. De los poemas sólo cinco están dedicados a personas. Tales a Guzmán Papini Zas, Ernesto Laroche, Pedro Manini Ríos, Luis Scarzolo Travieso y Héctor Gómez. El libro le procuró a Frugoni un prestigio, al que no fue extraño el espaldarazo de Rodó. Tanto que recuerda Frugoni el trato extremadamente amable y deferente que en su "campana militar" de 1903, le dispensaron el comandante Tavera, segundo jefe del Regimiento de Caballería N° 2, del coronel Galarza, y el mismo coronel Galarza, gracias a la resonancia lograda por "De lo más hondo". ¡Feliz tiempo ese en que la gloria de la espada se inclinaba ante la gloria de la poesía! Uno de los versos finales del libro, dice: "¡Quiero morir envuelto en mis ideas / como en una gran túnica de gloria!" Recordando la lucha que está librando Frugoni por sus ideas, el verso suena a profecía.

El contexto del prólogo de Rodó distancia toda presunción de favor o compromiso. Es un juicio crítico donde la alabanza surge del escrutinio de los valores. El propio Rodó debe de haberse atribuido la trascendencia de una crítica, cuando incluyó el prólogo de referencia en "El Mirador de Próspero". Vale la pena reproducir unos párrafos. "Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada, "concentrada", dulcemente egoísta, y aquella impresión (las dulces emociones de la concentración) se reproduce y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva —como la música de que hablaba Porcia—, dentro de sí. Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confianza. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, o con la de una comunión ideal, a la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de

un temperamento u obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino a apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley”.

Añade: “Dominada casi exclusivamente la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la naturaleza al través de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo aún más estricto, de subordinación, en que la naturaleza aparece participando ella misma de los afectos del espíritu que la contempla. Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo: tales son las condiciones con que se adelantan a la luz las armas de este nuevo poeta, que es, en ése y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación”. En otro párrafo dice: “Si se me preguntase cuál es, de las composiciones de Frugoni, la que me parece mejor y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la “Súplica”. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión, y el movimiento rítmico da a un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, o de ver ondear en el aire la espada del brazo del vencedor”.

Una devoción inextinguible...

A lo largo de su vida agitada de combatiente a la manera impetuosa de su temperamento, esto es, sin decir ni dar tregua, Frugoni guarda por Rodó la devoción de un afecto respetuoso y admirativo que excluyó cualquier debilitamiento. Un hecho lo demuestra palmariamente. La primera vez que ocupa en Rusia una tribuna es para hablar de Rodó y de "Ariel" en la Biblioteca Central de Literatura Extranjera, de Moscú; y para dejar en sus anaqueles el ejemplar de "Ariel" que había llevado consigo y desde años lo acompañaba. Oigamos el episodio de labios de Frugoni: "Cuando por primera vez visité la Biblioteca quise saber si figuraba entre sus diez millones de volúmenes, algunos del más grande prosista de mi país, y uno de los más grandes del habla española: José Enrique Rodó. Con asombro y amargura, comprobé que no había ninguna obra del insigne escritor uruguayo, uno de los más claros valores de la América toda. ¡Qué relativa es la inmortalidad de los escritores y cuán limitada es su gloria!, pensé. Millones de lectores, de personas cultas, de eruditos, ignoran en Rusia y sin duda en todos los países eslavos, que ha existido Rodó. Había traído en mi valija un único ejemplar de sus obras. Ese pequeño gran libro que es "Ariel" y se me ocurrió ofrecérselo a la biblioteca de Moscú, ésa en cuyo fichero no hallé su nombre".

En el número extraordinario que la revista "Nosotros", de Buenos Aires, dedicó a honrar a Rodó con motivo de su muerte y donde colaboraron escritores de gran parte de América, Frugoni aparece con una poesía, desde luego, relativa a Rodó. Se denomina "La despedida". Concluye así:

Bondadoso maestro que ya a reunirse has ido
con las sombras amigas de Emerson y Renán,
mírame aquí en la playa, por la angustia transido,
agitando un pañuelo con el terco ademán
de quien ahuyenta a un pájaro invisible —el Olvido—
en tanto que unas blancas velas vienen y van.

Efectivamente. Siempre ahuyentó el olvido de Rodó. Cumplió con su poesía de 1917, escrita unos días después que Rodó expirara en Sicilia.

MAÑANA:

UNA CONCIENCIA Y UN METODO